

EL SUBSTRATO NATURAL, EN EL ARTE ESPAÑOL

L OS materiales de que han podido disponer los artistas para ejecutar sus obras tuvieron gran influencia para que fueran logradas con más o menos perfección y a su vez actuaron en su espíritu en forma que no ha sido hasta ahora suficientemente valorada ni sometida a un concienzudo examen crítico. No solamente el artista se ha tenido que ajustar en sus realizaciones a los elementos que más estaban a su alcance, sino que ellos, a su vez, han actuado en su espíritu con sugerencias y posibilidades, sin contar con que los motivos y hasta la propia concepción han tenido que surgir de ambientes a su alcance, todo lo cual explica las diversas geografías de algo tan universal como es el arte.

El egipcio plasmó el loto en sus creaciones, como los asirios esculpían leones, por ser elementos de su ambiente; pero mientras los primeros partían de bloques extraídos y transportados por el Nilo, los segundos se limitaban a esculpir en las propias peñas. La influencia del material se acusa aún a través del tiempo, pues mientras los restos de la milenaria civilización faraónica están aún en pie gracias al granito de Siena, sólo montones informes de arcilla acusan el emplazamiento de aquella opulenta Babilonia, que no dispuso más que de barros mesopotámicos. Una parte del encanto de las geniales obras de un Fidias o un Praxíteles vibran en las cualidades del mármol de Pentelico y de Paros, y aún está por estudiar la influencia de las tierras coloreadas de cada país, en los aciertos logrados sobre el lienzo por los pintores de las diversas escuelas.

En España es manifiesto el contraste entre las pétreas torres de las catedrales castellanas y las obras de los alarifes aragoneses, que al no disponer de piedra las elevaban de ladrillo. Entre la berroqueña compostelana, situada en el corazón de un territorio húmedo y granítico y los primores vaciados en estuco que ha respetado la condición esteparia del país y que han perdurado en la Alhambra de Granada, el Alcázar de Sevilla o la Aljafería de Zaragoza, qué diferencia plasmada en el arte por la condición de los materiales. El mismo aljéz, o piedra de yeso, es empleado, a pesar de su solubilidad, en obras tan fastuosas como la barroca portada del Palacio del Marqués de Dos Aguas, en Valencia, al paso que en Salamanca la arenisca permitió a los canteros del Renacimiento por su blandura, el que ellos se complacieran en trabajarla con un primor de orfebres, haciendo verdaderos repujados en piedra que ha valido a su arte el nombre de plateresco. Esta arenisca, perdida el agua de cantera y dorada a fuego por el sol de Castilla, conserva agradecida el trabajo, a pesar de todas las inclemencias, de las heladas, chubascos y calores de nuestra meseta.

En punto a piedras peregrinas tenemos en España tal diversidad en razón a nuestra constitución geológica, que ella es la causa de esa impresión de maravillosa variedad, que ofrece el arte español. No es sólo la forma la que habla al ánimo, al extasiarnos ante cualquiera de nuestras grandes creaciones; la piedra de Hontoria da el tono esfumado a esa maravillosa catedral de Burgos, y la piedra es uno de los encantos de la pulquerrima catedral de León, como la caliza de Camparpero da el carácter a la de Valladolid. Mientras el natural quebradizo de la piedra cárdena, poco dócil a primores y adecuada a monumentos de grandes líneas severas y de condición perdurable, ha hecho posible la vetustez del armonioso acueducto de Segovia y la masa austera de El Escorial, cuya belleza radica en las grandes dimensiones y acernadas proporciones de ese eterno monumento del Concilio de Trento, no lejos, con sedimentos cretácicos, se han alzado augustas y caprichosas las moles calizas doradas de catedrales, como la de Segovia, Toledo y otras construccio-

nes góticas y románicas, cuajadas de maravillas escultóricas de hojarasca entrecruzadas de trabajadas ornaciones y finos adornos. Los antiguos fueron muy expertos en la elección de materiales, al paso que hoy, a pesar de que los estudios petrográficos se han multiplicado, tenemos olvidadas, y en pleno abandono, famosas canteras, y han de conformarse nuestros arquitectos con elegir, entre las escasas muestras que les ofrecen las casas especializadas en el trabajo de la piedra, en un país en que los altares de nuestras iglesias son un valiosísimo muestrario de piedras nobles, la mayor parte es verdad, de procedencias que han caído en el olvido. La técnica moderna, por otra parte, conduce a la desaparición de la piedra cruda como elemento constructivo, reemplazándola por piedra molida, cocida y fraguada, en obras que responden a la técnica de nuestra moderna construcción en cemento, pero, en cambio, el hombre quiere cada vez más complacerse con la fría desnudez de la piedra, dando esa falsa ilusión mediante lajas que han sustituido a los bloques, y que los simulan decorando paramentos, fachadas y solados, y es que, así como la paloma, animal saxátil, anidando en las peñas se acomoda en los edificios de piedra para vivir, el hombre, después de abandonar las cavernas de piedra, en su vida troglodítica, que perdura en algunos lugares, como son, en España: Guadix, en Granada; Paterna, en Valencia; Salinas, en Zaragoza. etc., se ha complacido en seguir viviendo entre las piedras o tierras con que ha alzado sus edificaciones.

Estas circunstancias, y la revolución que el motor de explosión ha traído del tráfico de carreteras, ha hecho llegar el momento de revalorizar nuestros yacimientos canteros, tan olvidados, que gracias al Padre Sigüenza he logrado saber los que en Castilla y Extremadura proporcionaron los mármoles de El Escorial, y gracias a Pons he tenido conocimiento de que los canteros neoclásicos encontraron, en el siglo xviii, en la piedra de Redueña, el material adecuado para sus preocupaciones por la policía y ornato de Madrid, utilizándola en monumentos como la Fuente de las Cuatro Estaciones, del Paseo del Prado, y dándola preferencia a la caliza miocena

de Colmenar de Oreja, que abandona, al trazarse el ferrocarril, para ser sustituida por materiales alicantinos, vuelve, pulida hoy día, a decorar con su superficie surcada por la coquera, como piedra de decoración, después de haber sido el material para batir nuestros más grandes monumentos, como el Palacio Real, alternando, en la Puerta de Alcalá, con el granito de la Sierra, y sirviendo para hacer adorable la efigie de nuestros Reyes, y aún para bancos y portadas modestas.

Las necesidades constructivas valorizan las piedras, por lo que la actividad de las canteras está en íntima relación con las vicisitudes de la población que surten, cuyo desarrollo crea hasta ferrocarriles exclusivamente canteros, mientras su decadencia las paraliza. Aquellas catacumbas en que se acogieron los primitivos cristianos, no eran más que las canteras de la Roma Imperial, y aún puede verse las que, junto a Tarragona, acusan la importancia de la metrópoli de la España exterior. En cambio, la prosperidad del Madrid actual ha hecho mella en el granito de la Sierra, abriéndose a su conjuero las canteras de Alpedrete, Zarzalejo, la Cabrera, etc.

Es preciso que un material sea muy noble para que su explotación se mantenga a través del tiempo, bien que, desde luego, con grandes vacilaciones en la producción, y así las del mármol estatuario de Carrara, no solamente han hecho de Génova una ciudad de mármol, sino que éste ha sido exportado a todo el mundo, aun a España, desde la Sierra de los Filabes, absolutamente marmórea, y consintió trabajar los graciosos chapiteles de la Alhambra. Nuestra serpentina, de Granada, que tanto se prodiga hoy para lujosos decorados, es traída, en el siglo XVIII, para conseguir los deliciosos altares de las Salesas Reales. Piedras nuestras han traspasado las fronteras, solicitadas por su belleza, para grandes construcciones extranjerías, como el mármol amigdalino rojo de Covadonga, que se ha labrado por el Triánón de Versalles, y para el Palacio Real de Berlín, y el brocatel de Tortosa es exportado en gran cantidad. Realmente, por lo que a mármoles se refiere, poseemos una variedad envidiable, algunos de mérito tan excepcional como el azul de Ria-

ño, el rojo de Mallorca, el negro limpio de Estella, el alabastro de Arocena, el de Mañarín, utilizado en la capilla del Palacio Real, el de Azpeitia, empleado en la Basílica de San Ignacio de Loyola, el de Albacete, tan profusamente utilizado en La Seo, de Zaragoza, y mil más que sería inoportuno detallar aquí.

Son tan grandes las posibilidades que ofrece el noble solar español, para obtener los más variados materiales para toda clase de producciones artísticas, que sería interesante dedicar una atención especial, tanto a la busca de nuevos yacimientos como a la revalorización de los que han caído en el olvido.

CELSO ARÉVALO

NADIE ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si esas son nuestras unidades naturales, si la familia y el Municipio y la corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos el instrumento intermedio y pernicioso de los partidos políticos, que, para unirnos en grupos artificiales, empiezan por desunirnos en nuestras realidades auténticas?

JOSÉ ANTONIO

(Del discurso pronunciado en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el día 29 de octubre de 1933.)